

Elegir la guerra

Un reportaje sobre mujeres combatientes en el conflicto armado colombiano

Daniela Osorio Zuluaga

Trabajo de grado para optar al título de Comunicador Social – Periodista

Asesor:

Juan David Ortiz Franco

Universidad de Antioquia

Facultad de Comunicaciones y Filología

Comunicación Social – Periodismo

Sonsón

2019

Contenido

¿Por qué investigar sobre las mujeres en el conflicto armado?	3
Introducción	6
Primera parte: Tres mujeres en la guerra	12
Segunda parte: La guerra es para los hombres, ¿y las mujeres?	18
Tercera parte: La jerarquía	24
Cuarta parte: El fin de la guerra	29

Este proyecto recibió dineros del Fondo para Apoyar los Trabajos de Grado de Pegrado, financiado por el Comité de Comunicaciones y por el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia

¿Por qué investigar sobre las mujeres en el conflicto armado?

Ese lunes nos acompañaban varios rollos de hilo, muchas telas y una aguja para cada quien.

Mientras varias mujeres tejían, una de ellas, doña Luz Dary Osorio, me contaba la historia de su vida.

La tarde fue corta para escuchar cada una de sus luchas, así que no fue la única. Había nueve mujeres en ese salón. Todas eran víctimas del conflicto armado. Fueron varias horas en que nos acompañamos mutuamente, hubo días de silencio y tejido, días de risas y tejido, de recuerdos y tejido, pero siempre hubo tejido.

Un buen día, después de acompañarlas a dibujar su dolor varias veces y sin previo aviso, empecé a llorar de la mano de una de esas mujeres. La guerra le había quitado a sus dos hijos y a su esposo, sí, ¡la guerra y nadie más! Ella no culpaba a la guerrilla, no culpaba a los paramilitares, culpaba a “la maldita guerra que separó tantas familias en Colombia”.

En medio de su dolor, había comprendido que culpar a personas individualmente era quitarle la responsabilidad a la misma guerra que nos había convertido a todos, de diferentes modos, en víctimas de un dolor inacabable. Quizá fue esa la primera vez que, sensibilizada por la particular visión de esa víctima, me empecé a preguntar por los victimarios desde diferentes ángulos.

Fue así como el conflicto armado me atravesó desde el primer semestre de mi carrera. Estudiar en el Oriente antioqueño era motivo suficiente para recurrir a ese tema una y otra vez. Siguió persiguiéndome, o yo a él, semestre a semestre. El punto es que, como haya sido, narrar el conflicto armado y sus personajes se convirtió en un gusto particular, en el disfrute de buscar respuestas y encontrar versiones. Pero también en una constante pelea con mis propias limitaciones y prejuicios para lograr situarme como periodista y no como una ciudadana más golpeada por la violencia. No lo logré. Uno nunca se separa del contexto en que nació y en el que habita.

Esta nación que constantemente figura entre los primeros cinco países en violencia contra la mujer en América Latina es la misma que durante más de cinco décadas ha enfrentado la guerra y que ahora busca la paz. En ese contexto, la academia y el periodismo no deberían detener sus preguntas sobre las mujeres y el conflicto armado.

¿Cómo unir esos dos temas?, ¿cómo cargarlos de sentido y buscar un enfoque que de verdad guarde algo de diferencia con los otros trabajos que ya se han desarrollado al respecto? Eso mismo me preguntaba yo. Así, en medio de mis preguntas por los victimarios, de mi convivencia con las tejedoras y mi posición que, como mujer, se pregunta por nuestras representaciones y singularidades, surgió la idea de investigar sobre la mujer como combatiente.

Un tema que no solo me intriga y me cuestiona por todo lo que me propongo encontrar, sino que me apasiona. ¿Cómo contar sus vidas?, ¿desde qué posición situarme cuando el lugar común es entrevistar a las víctimas y no a los victimarios?, ¿cómo manejar la información que me dan, las historias que me cuentan?, ¿les creo?, ¿les confronto? Ahí

están los interrogantes que me hago, las preguntas que quisiera gritarle a mi asesor y que tengo la sensación de responderme internamente.

Al escribir este texto, apenas comenzando este proceso, tengo muchas dudas, pero también muchas certezas. Quizás no sepa cómo quiero que sea el resultado final de esta investigación, pero sé muy bien lo que no quiero que sea. No quiero que resulte en una simple tesis archivada en los estantes de la Universidad, en una entrevista más o en una crónica narrada en medio del afán y de la necesidad de graduarme.

Quiero que esta tesis me confronte como profesional, como persona. ¿Ambiciosa?, tal vez. No crea que pretendo que mi tesis cambie la sociedad, porque no es eso. Insinúo que estoy segura de ser capaz de realizar un buen producto periodístico y que sobre todo me transforme a mí.

Entonces, se dará cuenta de que este texto está lleno de interrogantes. Interrogantes que van desde la forma y el contenido de esta investigación, hasta la manera en que abordaré las fuentes y la postura que yo, como periodista, pretendo asumir para narrar y dibujar este conflicto en clave de género. Y me gusta, me agradan estos interrogantes porque ¿qué sería de un periodista sin ellos?

La Colombia de hoy no es la misma que estuvo en guerra todos estos años, hay una transformación, al menos en algunas personas. Confío en esa transformación y de ese espíritu de paz pienso nutrirme para este trabajo.

El Carmen de Viboral, Antioquia - 3 de septiembre de 2019

Introducción

Cuando Lucy era niña le hablaron más de las guerrillas que de las muñecas con las que no pudo jugar porque era pobre. A las Farc, su madre y su abuela les tenían un odio tan profundo como aterrador. A sus 12 años, cuando le enseñaron a disparar un arma, se imaginó que estaba matando a uno de esos guerrilleros que no conocía, pero que tanto odiaba. Cuando cumplió 15, empezó a acercarse a las filas de los paramilitares. A los 23, se enlistó en las Autodefensas Unidas de Colombia y se convirtió en uno de los pocos rostros femeninos en esa organización.

Años después de dejar la guerra, Elda Neyis Mosquera, alias Karina, una mujer de familia campesina, que ingresó a sus 27 años a las filas de la guerrilla de las Farc, reconocería

cierta semejanza con sus enemigos cuando afirmó en una de las entrevistas posteriores a su desmovilización que “la guerra nos enseña a odiarnos entre personas que no nos conocemos” y que eso, inevitablemente, convierte los combates en luchas donde no se reconoce la humanidad del otro.

Así como Karina y como Lucy, miles de hombres y mujeres se entregaron a la guerra en Colombia, escogiéndola o padeciéndola (o ambas), como único estilo de vida.

Una guerra que décadas atrás tendría sus inicios, según la mayoría de los análisis académicos, a mediados del siglo XX, con la influencia de los procesos revolucionarios de América Latina y la violencia bipartidista entre liberales y conservadores.

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Movimiento 19 de Abril (M-19) fueron algunas de las organizaciones guerrilleras constituidas a partir de la influencia de esos fenómenos. Sin embargo, otros grupos insurgentes se fundaron a través del tiempo con diferentes argumentos políticos y obedeciendo a momentos históricos puntuales.

Como respuesta a estos primeros, empezaron a formarse grupos de autodefensas en diferentes departamentos del país con un discurso contra insurgente. Algunos contaron con el apoyo explícito y con la complacencia de agentes del Estado. En 1997 terminaron convirtiéndose en un macro grupo al que se le llamó las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), encabezado por los hermanos Carlos, Fidel y Vicente Castaño.

De esa guerra y de los muertos que dejó a través del tiempo, Luz Dary Osorio, la misma víctima del Oriente antioqueño del texto que abre este trabajo, no pudo hablar durante

muchos años. El dolor era más grande que la necesidad de contar lo que sentía. Ahora recuerda cómo los grupos armados le arrebataron la vida de su esposo y la finca donde vivía. Quedó viuda, sin recursos y con tres hijos que criar. Como su esposo, hubo 215.005 víctimas fatales civiles registradas hasta el 2018. Una cifra que se extiende a más de 262 mil si se suma la vida de los 46.813 combatientes que El Centro de Memoria Histórica también reconoce como víctimas.

Como es natural, las víctimas han sido narradas desde diferentes enfoques literarios, periodísticos y académicos en una mayor proporción que los victimarios. Mientras que las mujeres que combatieron o militaron en los diferentes grupos armados han sido narradas de forma apenas marginal y de maneras diferenciadas. Se ha hablado más de las mujeres en los grupos guerrilleros, por ejemplo, que de las mujeres militares y paramilitares. Esto tiene que ver también con que, según la Oficina del Alto Comisionado para la Paz, “en los grupos paramilitares el porcentaje de combatientes mujeres no alcanza el 16% frente a más de 40% de las FARC”.

Karina, la niña que ingresó a las Farc a los 16 años y de la que se habló antes en este relato, fue una de las pocas mujeres que logró comandar un frente en ese grupo. Ella es uno de los rostros de la guerrilla que más recuerda Colombia, entre otras razones, porque en varias regiones del país por donde la exguerrillera se abrió paso se escuchan aún las historias de sus acciones sanguinarias.

Judith Simanca Herrera, conocida cuando era combatiente de las Farc con el alias de Victoria Sandino y hoy senadora del partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común

gracias a las curules que obtuvo esa guerrilla en el acuerdo de paz con el gobierno de Juan Manuel Santos, relata los inicios de la participación femenina con nombres propios. Judith Grisales, Miriam Narváez y Georgina Ortiz, recuerda ella, ingresaron a la guerrilla convirtiéndose en las pioneras de la militancia femenina en esa organización.

Antes de la Operación Marquetalia, el mito fundacional de esta guerrilla, varias mujeres decidieron acompañar a sus esposos, un grupo de campesinos que se declararon en rebelión y se organizaron para conformar un grupo armado de resistencia ante el Estado. Desde entonces empezaron a hacer parte de la guerrilla, detrás de aquellos hombres, pero sin hacer parte de las operaciones militares.

Se organizaron entre ellas. Sus labores seguían regidas por las costumbres patriarcales, dirigidas al cuidado y la sobrevivencia; cocinaban, se encargaban de la salud y alfabetizaban. “Entonces fue justo en la operación Marquetalia donde esos campesinos y campesinas se vieron en la necesidad de defenderse y las mujeres dejaron de ser solo compañeras para convertirse en combatientes. Empezaron la acción armada”, relata Simanca. Así, según afirma la senadora, a partir de 1964, con la fundación de las FARC, las mujeres empezaron a participar activamente en la guerra.

Respecto a las demás guerrillas, María Barros y Natalia Rojas, en una investigación sobre las mujeres en estos grupos subversivos, describen una trayectoria similar. Primero asumieron labores no militares, más relacionadas con la sobrevivencia, para pasar posteriormente a la manipulación de armas.

Además, otro de los patrones identificados en el marco de esa investigación consistió en que con el paso del tiempo las guerrillas pasaron a tratar a sus combatientes, hombres y mujeres, con igualdad de derechos y deberes. Sin embargo, varias desmovilizadas han testificado que si bien sí eran tomadas en cuenta para tomar decisiones o ejercer labores similares a las de los hombres, siempre fueron muy notorios dos hechos: el primero tenía que ver con una idea frecuente sobre la violencia sexual y los abortos obligados que tuvieron lugar, principalmente, en la guerrilla de las FARC. Sobre estos hay diferentes versiones. Mientras Karina los reconoce como ciertos y afirma que ella misma practicó al menos dos de ellos, Fancy Orrego, también conocida como Érika Montero y la única mujer que llegó al Estado Mayor de esa guerrilla, asegura que los “abortos nunca fueron obligados y cada mujer tenía el poder de decidir si tenía sus hijos o no”. Sobre este tema, la Fiscalía General de la Nación ha dirigido investigaciones desde el 2016.

El segundo hecho está relacionado con la posibilidad de ascender en la jerarquía de estas organizaciones. Basta con revisar las estructuras militares de las guerrillas para darse cuenta de que muy pocas mujeres llegaron a lugares de poder o a la comandancia de algún frente; el común denominador era que ingresaran y se mantuvieran como guerrilleras rasas. Además, el embarazo suspendía inmediatamente la posibilidad de ascender o de seguir desempeñando un cargo de poder. Fancy asegura que las mujeres evitaban la maternidad porque “hasta ahí quedaba su función como jefe”.

Esa imposibilidad para ascender se presentó también en los grupos paramilitares y en las Fuerzas Militares. “Conocí muy pocas mujeres, nunca pudimos hablar mucho de por qué habíamos llegado o quién nos había ayudado a entrar en el grupo, pero lo que sí supe fue

que ninguna de nosotras alcanzó un nivel de mando. A algunas nos daban responsabilidades y poder para hablar por encima de otros, de los más nuevos, pero nunca el liderazgo de un grupo o de un frente por pequeño que fuera”, recuerda Lucy.

Narra también, sin embargo, que las acciones de las mujeres no llegaron a diferenciarse mucho de las de los hombres. Pero el papel de ellas en específico nunca fue un tema de conversación en la organización. Según esta exparamilitar, se les asignaban tareas iguales y se les otorgaba el mismo trato. Ella, por ejemplo, se desempeñó durante un largo tiempo como entrenadora de los nuevos militantes, enseñándoles diferentes técnicas de combate.

El Centro de Memoria Histórica, por su parte, publicó en su informe de investigación *Mujeres y guerra*, que las mujeres paramilitares llegaron a desempeñarse como “relacionistas públicas, financieristas, recaudadoras de impuestos y extorsiones, gestoras de iniciativas sociales, o informantes. -y que- Simultáneamente, algunas se forjaron una reputación de despiadadas y ejercieron su autoridad de manera vertical y violenta, como cualquier comandante paramilitar”.

Por último, del papel de las mujeres en el Ejército y en general en las Fuerzas Militares del Estado se ha hablado poco más allá de los casos de algunos ascensos emblemáticos. Para el 2017, solo el 3% de los integrantes de las fuerzas estatales eran mujeres. Respecto a sus roles, históricamente las mujeres militares tenían tareas de apoyo logístico o administrativo. Así quedó consignado en la ley 48 de 1993 que situaba a las mujeres en labores más de corte administrativo que militar. De hecho, fue hasta el 2009 que por primera vez en el

Ejército Nacional de Colombia se incorporaron mujeres para desempeñarse como oficiales en armas.

Las mujeres, aun siendo una minoría, se constituyeron como parte importante de los grupos armados legales e ilegales. Es por eso que es necesario escucharlas y contarlas. Su visión del conflicto, sus roles y tareas, y todo el proceso de protagonizar una guerra que parecía ser diseñada para hombres toma ahora, en tiempos de posacuerdo, un lugar clave en la construcción de memoria.

Primera parte: Tres mujeres en la guerra

Después de pertenecer a las Farc por más de una década y no querer bajo ninguna circunstancia que sus hijos se unieran a la guerra, Carmen Restrepo, tuvo que resignarse a que su hijo prestara servicio militar y se uniera al mismo ejército que ella tantas veces combatió. A Lucy Londoño la vida la sorprendió cuando Diego Murillo, alias don Berna, se

conmovió leyendo una carta escrita por su madre y le concedió el permiso para retirarse de las filas del paramilitarismo sin arriesgar su vida al huir del lado de los muchachos que entrenó por años. Y Clara Esperanza Galvis fue ascendida a general por las Fuerzas Armadas de Colombia, y se convirtió en la segunda mujer en escalar a ese rango militar en el país. Así de irónica y sorpresiva puede ser la guerra.

Ellas: tres mujeres que ingresaron tan jóvenes como asustadas y que se unieron convencidas de que en las filas de su grupo armado podían cambiar el país, son las protagonistas de este relato.

Lucy Inés Londoño:

Llegaron por ella al bar donde trabajaba en el centro de Medellín. Gritó desde el momento en que los vio entrar, pero la sacaron fácil a pesar de sus forcejeos. La fuerza de tres hombres representaba una buena ventaja contra la de una sola mujer que luchaba por no ser asesinada. La situaron frente a un poste y le ataron las manos para dejarla inmóvil. La miró a los ojos, “Por meterse donde nadie la ha mandado, hijueputa”, le dijo con la rabia más grande que ha sentido en su vida, y le disparó.

Esa fue la primera vez que Lucy mató a alguien, le quedaron dos lecciones: que no se puede mirar a los ojos a la persona que se va a asesinar porque la imagen se sigue repitiendo semanas enteras en la cabeza, y que tenía una habilidad con las armas envidiada por el resto

de los hombres que la acompañaron a matar a la mujer con la que su esposo la había engañado.

...

La Lucy de hoy, más de veinte años después, no sonríe mucho. Tiene ojos cafés y rara vez sostiene la mirada mientras está hablando. Es delgada. Su apodo desde que llegó a Enciso, el barrio en el que ha vivido casi toda su vida en Medellín, ha sido “la flaca”. Sin embargo, dice que ahora está más delgada que nunca, en los últimos años no ha logrado reponerse de una enfermedad antes de que le caiga otra. Tiene unos pómulos prominentes y una clavícula definida que parecen efecto de su delgadez. Cuando habla, se le escucha una voz ronca que deja la impresión de que no siempre fue así. Fuma, quizás con más rapidez de la que camina y le ha costado dejar el cigarrillo mucho más de lo que le costó dejar las drogas que empezó a consumir en la misma época que aprendió a disparar.

Cuando era niña, creció entre las conversaciones de su madre y su abuela que describían con resentimiento y pavor las milicias guerrilleras que azotaban a Medellín. De las Farc escuchó historias tan dolorosas como terroríficas. Nunca le explicaron quiénes eran o por qué decían haberse armado. Que la guerrilla violaba a las niñas, que las hacía abortar y les rajaba el estómago para sacarles el feto.

A ese odio profundo que empezó a compartir con su familia se le sumaron la cotidianidad de observar personas armadas transitar con tranquilidad por las calles de su barrio y el sonido ensordecedor de las balas. Tuvo desde muy pequeña la curiosidad de aprender a usar una de ellas. A los 12, cuando el abuelo de su mejor amiga le enseñó a disparar un revolver

pequeño, sintió más fascinación que miedo. De las armas, le gustaba la sensación de saber que quien las sostenía tenía el poder y eso siempre le parecería mejor que estar atemorizada escuchando las balaceras bajo las cobijas.

...

Prende un cigarrillo y guarda unos minutos de silencio, se lo termina y avienta la colilla por las escaleras del segundo piso en donde ha vivido la mayor parte de su vida, en Medellín. Suspira. Le cuesta reconocer una verdad que afirmó hace apenas segundos: sus 12 fueron un año problemático. A los 12 aprendió a fumar, a los 12 probó la marihuana y la cocaína y a esos mismos 12, sin recuperarse aún de la violación de la que fue víctima de su primo, 13 años mayor que ella, sembró la idea en su cabeza de ingresar al grupo paramilitar al que pertenecían sus amigos del barrio.

Carmen Cecilia Restrepo:

Carmen se siente fariana desde los 10 años, o incluso desde antes. Su padre los crió a ella y a sus tres hermanos bajo las teorías marxistas - leninistas en las que creía desde mucho antes de pensar en ser papá. Él, un hombre líder y bondadoso que se dedicó a servir a la comunidad toda su vida, perteneció a las Farc desde que Carmen tiene memoria. Su militancia no llegó a ser armada, siempre tuvo resistencia con el uso de las armas para cualquier fin, le apostó a la formación ideológica y se dispuso a servir desde cualquier lugar al que llegó junto a su familia. Sin embargo, nunca les negó a sus hijos la idea de que se marcharan a la selva, al contrario, fue una idea que cultivó en ellos poco a poco. En

Caucasia, donde nacieron y se criaron, su casa se convirtió en un sitio de reunión para solucionar los problemas del pueblo, para conciliar, e incluso para refugiarse cuando eran desplazados o cuando el dinero no alcanzaba para sobrevivir. En ocasiones, cuando en la casa había más familias, los niños dormían en el suelo porque era más importante que los otros pudieran descansar para seguir con fuerzas. Carmen creció con ese ejemplo, y con las lecturas y conversaciones políticas con las que la familia se sentaba a cenar.

Empezó a concebir la idea de unirse a las filas de la guerrilla mucho antes que cualquiera de las mujeres que conoció en los años en que perteneció al movimiento. Para empezar, se unió a la Célula Clandestina Israel Quintero, en Medellín, donde aprendió formas de organizarse colectivamente y apoyó al grupo desde la militancia urbana. Pertenecer a uno de esos colectivos suponía una responsabilidad tan seria que ni siquiera sus mejores amigos o su madre llegaron a saberlo mientras estuvo allí.

A los 17, cuando decidió definitivamente que quería internarse en un campamento, salió de noche y a escondidas de su madre. Atrás dejaba su casa, los mimos de una familia donde era la única hija mujer y lo más importante: los dos hijos que tanto le recriminarían en un futuro el hecho de que los hubiera abandonado ese día.

Si le hubieran avisado que habría noches en que no podría dormir y sentiría frío, que habría días enteros en que no podría comer o descansar después de cada entrenamiento, quizás Carmen habría desistido de la idea que tanto entristecía a su madre.

Su padre la llevó de la mano, y hasta del corazón. Carmen lo admiraba tanto que cuando lo menciona sonrío hasta con la mirada. Uno de sus hermanos mayores también emprendió el

camino hacia la guerra junto a ella. Salieron desde Medellín y llegaron a Argelia, en el Oriente de Antioquia. Esperaron a que anocheciera de nuevo para adentrarse en la selva. Caminaron la noche entera con una sola parada en la vereda La Esperanza, ubicada a 4 horas, caminando, de ese mismo municipio. La pregunta sobre lo que estaban haciendo allí fue inevitable para ambos. Evadieron el tema toda la noche. No querían ni podían suponer que era un error eso de entregarse a un movimiento al que habían heredado amor y respeto. Al campamento llegaron a las 4:30 de la mañana. Carmen tuvo que descansar un buen rato antes de intentar quitarse las botas. Las ampollas, producto de la caminata más larga que había tenido en su vida, tardaron más de un mes en sanar porque se lastimaban con cada nuevo desplazamiento.

Clara Esperanza Galvis:

Para Clara la niñez y la adolescencia fueron muy diferentes. Desde antes de nacer, cuando el teniente coronel Alberto Galvis, su padre, creyó que por fin venía el hijo hombre que tanto había esperado, generó un vínculo especial con él. Un nexa que no logró romperse, ni con el paso del tiempo ni con la muerte de su padre que falleció cuando ella tenía 7 años.

Clara, la tercera de las seis hijas que tuvo la pareja, se paraba junto a sus demás hermanas a cantar el himno frente al televisor cada vez que empezaba a sonar en las tardes. Su padre, orgulloso, se formaba junto a ellas y lo entonaba hasta el final. El respeto por la institución fue uno de los pilares de crianza de la familia Galvis Díaz. De sus cinco hermanas, ella fue la única que siguió los pasos de su padre, decidió convertirse en militar.

De los inicios de la guerra y las razones por las que el país vivía un conflicto interno supo poco, de eso no se hablaba mucho en casa. Pero conoció la guerra de cerca y con dolor cuando ingresó a la universidad militar Nueva Granada para estudiar medicina y empezó a ver llegar a los heridos de guerra en el Hospital Militar donde cursaba las prácticas.

Cuando se graduó, a sus 23 años, le hicieron una visita oficial del Ejército donde pretendían convencerla de unirse a las Fuerzas Militares hablándole de la necesidad del Estado de que se unieran más hombres y mujeres para mantener la estabilidad del país. Aceptó. Dice que desde que era más pequeña había sentido esa vena militar heredada de su padre.

Empezó su carrera en Montería y se destacó sirviendo como médica y en labores administrativas. Cada vez que sus compañeros o sus superiores intentaron protegerla por el hecho de ser mujer, ella les pidió que la dejaran desarrollarse como cualquier militar, incluso sin privarla de las situaciones que la pudieran poner en riesgo.

Su carácter, su disciplina y su liderazgo fueron claves para que, en 2014, ascendiera en las Fuerzas Armadas hasta convertirse en general del Ejército. Ahora más de 2000 personas están bajo su responsabilidad, pues dirige el Hospital Militar. Eso ha forjado su carácter mucho más que cualquier otra experiencia.

Es una mujer atenta y delicada. En su oficina preponderan las decenas de medallas y reconocimientos que se le han otorgado y varias fotos con sus hijas y con su mamá. Habla de su familia con orgullo y la sitúa como lo más importante bajo cualquier situación. Sonríe con frecuencia y, de hecho, tiene claro que no necesita abandonar nada de eso para obtener el respeto y representar el poder que requiere su cargo.

Segunda parte: La guerra es para los hombres, ¿y las mujeres?

De la guerra y de los días difíciles que se viven en el monte, Carmen recuerda con especial escarmiento los entrenamientos que llegaban a durar días enteros. En el campamento donde llegó había alrededor de 300 jóvenes entre hombres y mujeres. Hubo días en que todos trotaban por un terreno y luego se arrastraban para simular camuflarse. “Imagínese cómo queda un potrero por donde corren 300 personas para después arrastrarse por él. El

pantanero era horrible. La piel queda irritada a pesar de estar cubierta por el uniforme, salían ronchas que picaban mucho y tardaban en sanar”.

El hermano mayor con el que había llegado y su hermano menor, que se había unido unas semanas antes a las Farc, con 13 años, pertenecían al frente 43. Ella era parte del 9. En aquellas jornadas de entrenamiento donde practicaban emboscadas o enfrentamientos, los dos frentes se unían para entrenar a los muchachos en igualdad de condiciones. Carmen recuerda que para las mujeres los entrenamientos eran tan duros como para los hombres. Todos y todas se formaban a la par. En ningún momento les permitieron, por el hecho de ser mujer, descansar un poco más que sus compañeros.

No importaba si estaba en sus días de menstruación o cualquier otra circunstancia exclusiva de su género. Las mujeres hacían exactamente lo mismo que los hombres pero eso, al menos en esta guerrilla y en la experiencia de Carmen, no implicaba que tuvieran que abandonar ciertos rituales femeninos. En el campamento, las guerrilleras y los guerrilleros disfrutaban de ciertos tiempos libres que podían usar en las actividades que quisieran, principalmente los domingos.

Muchas de ellas lo utilizaban para maquillarse las uñas o teñirse el cabello, incluso cada mujer era libre de usar maquillaje y de solicitar todos los implementos de aseo o de belleza cada cierto tiempo. Para esto bastaba con hacer una lista en hojas de papel y entregarla al comandante.

Respecto a las tareas domésticas, como cocinar o lavar, hombres y mujeres se turnaban equitativamente. Incluso cuando se constituía una pareja estaba prohibido que el hombre le

delegara esas labores a la mujer. En los campamentos cada uno hacía lo que le correspondiera. Dice que Clara que son labores intransferibles que pretender fundar el respeto y la equidad entre los combatientes.

Sin embargo, su experiencia no fue la única. Fernando Millán, escritor de *Con ojos de mujer*, un libro que recoge los testimonios de nueve exguerrilleras de las Farc, no duda en afirmar que este grupo armado era machista y que a pesar de que se exigía un trato equitativo dentro de los campamentos, eso no ocurrió. Su investigación coincide con la historia que cuenta la senadora y exguerrillera Judith Simanca: las mujeres llegaron en un principio como acompañantes de los hombres campesinos que empezaron a armarse en Marquetalia y, permeadas por formas patriarcales, desempeñaron principalmente labores domésticas. Pero agrega que la conquista de derechos y sus lugares en la estructura militar empezaron solo cuando se empezaron a incorporar mujeres provenientes de la ciudad, las cuales introdujeron un discurso emancipador, que las reconocía como sujetos políticos capaces y merecedores de luchar en igual medida por la causa de la guerrilla.

Lucy no recuerda haber tenido algún período especial de entrenamiento en las AUC. De hecho, en sus inicios, solo se dedicaba a acompañar a los muchachos a hacer las diferentes labores que se les encomendaban. Fue solo hasta asesinar a la amante de su esposo cuando sus compañeros notaron su habilidad con las armas y la involucraron en labores militares. Su testimonio concuerda con los hallazgos del Centro de Memoria Histórica sobre el papel de las mujeres en el paramilitarismo, pues si bien afirma que se desempeñaron como “relacionistas públicas, financistas, recaudadoras de impuestos y extorsiones, gestoras de iniciativas sociales, o informantes. [tampoco desconoce que] Simultáneamente, algunas se

forjaron una reputación de despiadadas, tomaron las armas y ejercieron su autoridad de manera vertical y violenta, como cualquier comandante paramilitar”.

Una de las labores que desempeñó durante más tiempo dentro de los grupos paramilitares fue la de entrenar a los nuevos integrantes de las AUC. Llegó a tener más de 400 jóvenes siguiendo sus órdenes. Dice que no percibía muchas emociones en ellos, quizás porque el medio los obligaba a ser inexpresivos. También recuerda que notaba cierta fascinación por las armas y por el poder que otorgaban en la mayoría de los hombres y en las pocas mujeres que llegó a entrenar. Luego de ganarse la confianza de algún jefe para disparar, las mujeres empezaban a desempeñarse en todas las funciones de los hombres.

Juntos conformaban grupos donde no importaba al sexo sino la habilidad para cada tarea y la jerarquía de la organización. Sin embargo, en este grupo, a diferencia de la guerrilla donde la participación femenina era constante, se supo poco de las mujeres. De hecho, Lucy no recuerda haber tenido ninguna amiga o enemiga, dentro de los grupos paramilitares. Sus compañeros y sus adversarios siempre fueron hombres.

En el Ejército, en cambio, hay un porqué no resuelto que parece distanciar a las mujeres de los escenarios del conflicto. ¿Por qué las mujeres no entraban en los combates?, ¿por qué dedicarse solo a lo administrativo cuando en el resto de los grupos las mujeres se armaron y salieron a la guerra? Son preguntas que surgen del hecho de que en la historia militar de Colombia, las mujeres solo se hayan dedicado a labores no armadas. Clara Galvis encuentra la respuesta en el hecho de que, para ella, las mujeres entraron las Fuerzas Armadas como una cuota de inclusión y no como una necesidad para el combate.

La Ley 48 de 1993 establece en caso de unirse a las Fuerzas Militares, las mujeres lo harían “en tareas de apoyo logístico, administrativo, social, cultural o de defensa de la ecología y el medio ambiente, y en general, de las actividades que contribuyan a la modernización y al desarrollo del país”.

Incluso, “hubo muchas mujeres profesionales que -durante años- fueron situadas en cargos que no les competían, quitándoles la posibilidad de desempeñarse en los oficios para los que de verdad habían estudiado”, dice Maria Cristina Barrios, otra de las mujeres que hizo historia en el Ejército, y en el país, al ser la primera mujer en alcanzar el cargo de jefe de Personal de las Fuerzas Armadas. Cuando ella, acompañada de muchas otras mujeres y unos cuantos hombres, creó la Oficina de Género en la entidad, la fundó con la convicción de que las mujeres merecían un espacio real en el Ejército, que se ubicaran en responsabilidades para las que estaban capacitadas y no en roles subordinados donde, casi siempre, terminaban siendo las asistentes de un militar hombre de mayor rango.

Fue hasta el 2009 cuando por primera vez ingresó un grupo de 60 mujeres para formarse como oficiales en armas. Ahí, el papel de la mujer empezó a perfilarse de una forma distinta. Leidy Rey, una de las estudiantes que ingresó en ese grupo, se convirtió en 2014 en la primera mujer en Colombia en realizar el curso de tiradora de alta precisión (francotiradora).

Sus compañeros, 37 hombres, quedaron sorprendidos cuando sus superiores le otorgaron el primer puesto en rendimiento y excelencia del curso. Un mérito que se ganó a pulso, teniendo una excelente puntería y “haciendo exactamente lo mismo que los hombres

aunque requiriera un esfuerzo físico mayor”. Leidy está convencida de que las mujeres poseen una capacidad mayor para hacer varias cosas al mismo tiempo y que eso se nota en el campo. Siente que logran ser más “aterrizadas” y decididas y que, como ella, muchas otras también tienen la necesidad de servir desde diferentes ángulos, incluyendo el que implica dominio de armas.

Cuando hablé con la general Galvis le pregunté si se sentía combatiente a pesar de no haber librado enfrentamientos en primera fila con algún otro grupo militar. Coincidimos en la sensación que teníamos acerca de que hay muchas otras formas de combatir además de la común, que es empuñar un arma. La suya fue mediante la medicina. Atendió miles de hombres y mujeres en la guerra, aunque, claro, las mujeres siempre fueron menos.

En Córdoba, uno de los lugares a los que asistió en los primeros 4 años de su carrera, Clara vivió una de las épocas más álgidas de su carrera. Todos los días hubo heridos y casi todos los días uno de esos heridos terminó muriendo. En las noches, cuando sonaban los estallidos de las bombas o escuchaba el sonido de las botas militares golpeando el piso en multitud, sabía que se avecinaba una madrugada difícil. Hubo noches en que se fue a dormir con el uniforme puesto. Necesitaba estar lista para salir a curar a todos aquellos que habían caído combatiendo. En la guerra, el tiempo, como la vida, es oro. Y ella lo tenía claro.

Con las botas, con el uniforme y el fusil, las mujeres lucharon tanto como los hombres. Sus funciones dentro de los grupos guerrilleros y paramilitares fueron de hecho muy parecidas. En el Ejército, desde los hospitales o los juzgados, desde los procesos de inteligencia o los

planes de comunicación, las mujeres también fueron combatientes, porque, con armas o no, también lucharon.

En muchas ocasiones, cuando las mujeres o los hombres sintieron no poder más y se entristecieron por el proceder del conflicto, fueron las mujeres quienes mostraron un lado sensible dispuesto a escuchar y a reconocer que, aún con el poder que otorga un arma, las personas se duelen ante el horror de la muerte.

Tercera parte: La jerarquía

Como es costumbre en el ámbito militar, cuando Clara ingresó al Ejército le encargaban tareas nombrándola con su apellido. Galvis, entonces, llegaba a sus entornos de trabajo y se presentaba. Los hombres se quedaban mirándola y guardaban silencio. Luego hubo algunos que se atrevieron a preguntar, “¿mi Coronel Galvis es una mujer?”. Sí, una mujer mandando en la guerra de los hombres, eso fue Clara y eso fueron Lucy y Carmen aunque en diferente medida.

En el Ejército, sin embargo, esa era una situación poco común. Aunque la institución tenga muy bien implementado su sistema de jerarquías y cada uno tiene claro a quién debe obedecer. Las mujeres no solían representar autoridad para el resto de los uniformados porque sus puestos como secretarias o asistentes crearon el imaginario de que estaban para seguir órdenes. Mujeres como Clara Galvis o Maria Cristina Barrios fueron abriendo paso para que muchas otras siguieron escalando posiciones y demostrando sus habilidades. Ese fue el caso de Leidy, a quien le permitieron realizar su curso en Tiro de alta precisión porque fueron entendiendo que el sexo no condiciona las habilidades. Luego le delegaron el mando de grupos. “En las tropas, al principio, ven muy raro que tengan que seguir órdenes de una mujer. Más porque ellos vienen de casas donde mandan sus papás. Pero se acoplan, van viendo que uno está aquí por mérito y que puede hacer las cosas como ellos o incluso mejor”, cuenta.

Ahora bien, el hecho de que Clara sea la segunda mujer en ascender a general en Colombia es solo una muestra de lo difícil que ha sido escalar posiciones en la institución. En el Ejército hay dos cosas importantes por reconocer: la primera es que entre los actores del conflicto, fue el grupo que más tardó en permitirles a las mujeres avanzar y escalar hasta posiciones de poder.

Y la segunda, que, aunque el proceso fuera largo, las mujeres que alcanzaron rangos altos fueron tratadas a la altura de su cargo. Es decir, los hombres y las mujeres terminaron pro acoplarse a seguir órdenes influenciados por el estilo de vida militar basado en el respeto a los superiores.

Clara dice que no es necesario que una mujer pretenda volverse ruda o adoptar comportamientos fuertes para ser tratada con respeto. “Basta con que haga su trabajo bien y se comporte a la altura del cargo que esté representando”, pues dejar de lado las características que las hacen mujeres le parece un error en el que se desconocería las necesidades del Ejército y las razones por las cuales ellas están allí. “Nosotras no llegamos a actuar como los hombres, si necesitaran más de eso hubiesen buscado más varones en vez de intentar con nosotros. El Ejército necesita nuestro lado amable con la sociedad”.

En las Farc, estos procesos fueron diferentes. Fancy Orrego, una de las mujeres más veteranas de la agrupación, se sumó a esa guerrilla en 1978, cuando las mujeres eran una minoría, con mucha menos presencia de la que tendrían después. De hecho, en el primer campamento al que llegó, en el Frente 5, en Uraba, solo había tres mujeres, muy pocas comparadas a las que recuerda Carmen, quien llegó veintiún años después en 1999. Fancy recuerda que al principio las mujeres ni siquiera pensaban en la posibilidad de ascender.

Los hombres no las tenían en cuenta para las operaciones militares “porque pensaban que retrasaban e imposibilitaban los procesos”, dice Fancy. Pero esa no fue la guerrilla que Carmen conoció. Cuando ella llegó las cosas ya habían cambiado a favor de su género. Después a Carmen y a Fancy, además de tratárseles igual que a sus compañeros, les insistían en la posibilidad que tenían de ir ascendiendo en las escalas jerárquicas de la organización.

Sin embargo, llegar a ser comandante siempre fue más difícil para las mujeres. Tanto, que hasta ahora se conocen pocas que hayan logrado serlo. Una de ellas fue Fancy. Quien llegó

a comandar el Bloque Iván Ríos, en Antioquia, y el Frente 49, en Caquetá, dos de los grupos con más combatientes y con más poder de decisión. Fany, se fue abriendo paso entre de sus compañeros porque tenía una habilidad especial para coordinar grandes grupos y hacerlos trabajar bajo presión. En 2015, le permitieron ser parte del Estado Mayor Central, siendo la punica mujer, hasta la fecha, en ser parte de ese alto mando. Siente que siempre la trataron como a cualquier otro comandante y que no retaron o desobedecieron su poder por el hecho de ser mujer. Pero también reconoce que ella y sus demás compañeras que llegaron a destacarse tuvieron que esforzarse más para que las tuvieran en cuenta y les delegaran responsabilidades importantes.

Por el hecho de que las opiniones femeninas se escucharan en menor medida que las masculinas y porque nunca lograron ocupar posiciones en el Secretariado, máximo órgano de dirección de las Farc, parece ingenuo asumir que las jerarquías privilegiaron a los hombres y no a las mujeres.

En cuanto a las AUC, las mujeres tuvieron menos representación que en los demás grupos, pero no solo en número de combatientes, sino también en las posiciones de poder. Jairo Alonso, integrante de la Fundación Aulas de la Paz que trabaja con excombatientes paramilitares, no duda en afirmar que sí hubo comandantes mujeres y que incluso tenían fama de ser más sanguinarias que los hombres, pero que fueron casos excepcionales que no representan un porcentaje significativo dentro de ese grupo armado.

Para hablar de las jerarquías, Lucy recuerda el tiempo en que entrenó a los muchachos que recién ingresaban. Eran hombres que llegaban con ínfulas de grandeza, se sentían

poderosos por el hecho de estar ahí. Y las mujeres, las pocas que llegó a entrenar y a conocer, eran similares, aunque más tímidas y calladas. Esa es la figura que resalta de su rol dentro de las AUC, que se acoplaban fácil a las normas y no refutaban el proceder de sus comandantes o las labores que les ordenaban. Quizás por esa postura sumisa fueron más las que siguieron como paramilitares rasas que las que lograron llegar al poder.

Sin embargo, el hecho de que Lucy tuviera más de 150 combatientes bajo su poder durante los entrenamientos, que llegaban a durar más de tres semanas, también representaba una confianza en sus capacidades militares y de liderazgo. Además, percibe que “las mujeres no llegaron a comandar muchos frentes porque tampoco era la prioridad llegar a ese poder”.

En los tres actores armados, si bien no existió una prohibición explícita para ascender, a las mujeres se les restringieron las posibilidades de empezar a competir y se les exigió más que a muchos hombres para obtener esas posiciones. Y eso lo demuestra que el número de mujeres que llegó a ocupar cargos importantes en las tres organizaciones fue excesivamente minoritario.

El papel de las mujeres, no obstante, ha ido cobrando fuerza en el Ejército y en las Farc, ahora convertidas en partido político. Según la general Galvis, el hecho de que las mujeres vayan asumiendo cargos importantes “es cuestión de tiempo y de adaptación. Cada vez más la institución se da cuenta del rendimiento ejemplar que estamos dando las mujeres y eso se verá reflejado en oportunidades y reconocimiento de derechos”. Desde que se nombró la primera general, María Paulina Leguizamón en 2013, se abrió el espacio para que el resto de las militares lo hagan. Y en el caso de las Farc se incluyó como punto para la firma

del acuerdo de paz un enfoque de género que se encarga precisamente de visibilizar y empoderar a las mujeres dentro del partido. Sumado a eso, se posicionaron en las curules que les otorgó el acuerdo mujeres con alto poder de decisión como Victoria Sandino que siguen representando el género en diferentes escenarios.

Cuarta parte: el fin de la guerra

Eran las 2:00 de la mañana. El frío, como todas las noches en el monte, era casi insoportable. “Carmen, Carmen”, le susurraron desde la entrada del cambuche. “Levántese sin hacer ruido”. Era el comandante Fabio. Le pidió que esperara un momento y la dejó sola. Carmen miró a su alrededor y pensó en las pocas posibilidades que tendría alguien de escaparse incluso en la noche cuando todos parecen desprevenidos. Ella nunca me lo dijo, pero en el campamento los combatientes también estaban secuestrados. No había manera de salir. Carmen y su hermano habían librado una batalla de meses para que dejaran ir a su hermano menor y, ahora, libraban otra para que los dejaran ir a ellos desde hacía más de seis meses. Amaban la causa, pero su deseo nunca fue dedicarse toda la vida a luchar en el monte. Además, sus hijos los esperaban en casa.

Cuando su hermano llegó al lugar donde ella estaba esperando, estaba pálido. No esperó a saludar. Solo se lanzó a abrazarla. “Nos van a matar, Carmen. ¡Nos van a matar!”. Intentó calmarlo. “Se van muchachos”, les dijo el comandante con cierto tono de tristeza.

La noticia con la que habían soñado no llegó en buen momento, era más el miedo y la intriga que la felicidad. Los hicieron despojarse de sus armas y de sus implementos y les negaron la posibilidad de despedirse. En ese momento creyó confirmar lo que su hermano le había dicho, ese proceder no era muy común en su grupo. “Nos van a matar”, pensó para sí misma.

Esa noche, caminando sin ninguna otra opción que seguir las órdenes de quienes sí llevaban armas, estuvieron esperando el lugar en el que les dirían que estaban sentenciados a muerte. En algún punto, Carmen deseó que les dispararan de una vez para terminar con el cansancio y la ansiedad. Pero no fue así. Se empezó a divisar la salida a Argelia. Carmen sintió esperanza. Se subieron a un carro que los llevó a Medellín y, por fin, los dejaron solos. Ella estaba convencida de que no había marcha atrás. Ya estaban libres. Su hermano, en cambio, siguió convencido durante varios meses de que estaban siendo perseguidos y de que en cualquier momento los iban a matar. Salir de la guerra, durante esos primeros meses, fue casi peor que estar en ella. Como Carmen, hasta el 2019, la Agencia de Reincorporación y Normalización lleva la cuenta de 7.429 mujeres desmovilizadas de este grupo armado.

El día que Lucy decidió abandonar las Autodefensas Unidas de Colombia, se despidió de su madre. Estaba casi segura de que esa tarde, cuando le dijera a Don Berna que quería dejar la organización, la iban a asesinar. Ella misma había dado la orden de disparar a otros

cuando manifestaban el deseo de irse. La miró a los ojos y le pidió perdón por todas las veces que le había suplicado que se retirara y no le había hecho caso. Antes de salir, divisó la camundala con la que le rezaría al Dios en el que ella no creía y la besó en el frente. Saludó a su comandante que para ese momento estaba recluido en la Cárcel de Máxima Seguridad en Itagüí y le entregó la carta: “Se la escribió mi mamá. Léala como si fuera la suya”, le dijo con autoridad.

Lucy recuerda la sensación de que él no la había leído completa. Pero algo debió haber funcionado porque esa misma tarde, después de haber hablado de diferentes asuntos, le dijo que tenía “vía libre” y que estuviera tranquila que ellos la cuidaban a ella y a su familia. Lucy sabía que esa, más que una muestra de misericordia, era una amenaza. Se despidió con una sensación similar a la de Carmen, creyó todo el tiempo que la estaban persiguiendo y que en unos instantes la iban a matar. Pero “milagrosamente”, también llegó viva a su casa.

Abrió la puerta de la vivienda de su madre, ubicada justo en el primer piso de su edificio en Medellín. Estaba arrodillada exactamente en la misma posición de cuando se había ido. Rezó desde el momento en que Lucy salió hasta cuando llegó de nuevo. “Dios mío, el señor nos ama mucho, hija”, le dijo llorando junto a sus demás hermanas y la abrazó. Esa noche Lucy no durmió, no sabía si era la felicidad o la ansiedad de esperar que no la mataran. Pero la mañana y las semanas siguientes se sintió más libre que nunca. Una sensación que seguramente se replicó en muchas de las 2.392 mujeres que se desmovilizaron de las AUC.

Clara sintió el “fin” de la guerra de una forma distinta. No era el final de su carrera, sino la terminación de una etapa de confrontación que durante años hizo del Hospital Militar Central de Colombia, que dirige desde hace tres años, el ejemplo en la ciudad del drama de la guerra en el campo. Los heridos disminuyeron cuando la guerrilla de las Farc firmó el acuerdo de paz con el presidente Santos y entregó sus armas. Pero fue una mañana, cuando recorrió los pasillos del área de heridos y la vio vacía, que sintió una alegría en el pecho que todavía logra conmoverla. “Ya no somos un hospital de guerra”, dijo con esperanza mientras comparaba el promedio de 500 militares que llegaban heridos en 2011, con los 35 que se reportaron en 2017 y las camas vacías que siguieron aumentando progresivamente en el hospital.

Pero lo duro y aterrador de la guerra no terminó. Carmen lloró días enteros sin encontrarle sentido a la vida después de entender que ya no era la madre de esos dos niños que había dejado antes de internarse, ya no la reconocían. Lo mismo le pasó a Lucy. Cuando se liberó de su grupo y llegó a casa, no tardó mucho en darse cuenta de las implicaciones del tiempo perdido con sus hijos. No entendía en qué momento habían crecido tanto o cuándo habían elegido mal. Tampoco tenía derecho a reclamarles. Su vida en la guerra la había consumido tanto que había perdido los años más importantes de la crianza.

Después Carmen encontró un trabajo en una organización social donde unió su deseo de seguir luchando con un proceso legal alejado de las armas. Lucy recuperó el afecto de sus hijos y mejoró la relación con su hija menor a tal punto de que hoy vive con ella en una ternura impensable. Y Clara empezó a vivir procesos que le permitieron ver el conflicto de una manera distinta después del acuerdo de paz. Aún se le eriza la piel contándome acerca

de los encuentros que ha sostenido con mujeres de otros grupos armados que le han enseñado que hay mucha humanidad detrás de la acción militar e ideológica que las divide.

Las tres coinciden en dos aspectos fundamentales: no se arrepienten de sus años de guerra porque quieren y respetan a las organizaciones a las que pertenecen o pertenecieron. Lo que vivieron en ellas también hace parte de lo que son hoy. Pero hay algo más, quieren un país en paz para sus hijos y para ellas mismas. Lucy y Carmen han empezado nuevas vidas en las que necesitan perdonar y perdonarse. A Clara Galvis le queda por delante el reto de ser testigo, desde su posición, del verdadero fin de la guerra.